

3.11
GARIBALDI

BOCETO HISTÓRICO

POR

· SETEMBRINO E. PEREDA

MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

Calle del 18 de Julio, 77 y 79

1895

Garibaldi

GARIBALDI

BOCETO HISTÓRICO

POR

·SETEMBRINO E. PEREDA

52.842



21.492
MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

Calle del 18 de Julio, 77 y 79

1895

DEDICATORIA

Á su querido amigo, buen ciudadano y consecuente liberal, doctor Luis Melián Lafinur, le dedica este opúsculo

EL AUTOR.

CARTA-PRÓLOGO

Señor don Setembrino E. Pereda.

Querido amigo:

Recibí el hermoso trabajo sobre Garibaldi que ha tenido usted la fina atención de dedicarme, obligando otra vez mi gratitud con un nuevo, y para mí honrosísimo testimonio de su benévolo cariño.

La noble personalidad del héroe italiano, en mi concepto la figura más culminante del siglo XIX, tenía necesariamente que tentar su pluma, y no debe á usted pesarle esta sugestión, como quiera que ha salido usted airoso del trance.

Todo lo que agiganta en la historia contemporánea á Garibaldi,—su heroísmo legendario, su culto purísimo por el ideal, su patriótico desinterés, su fe republicana, su liberalismo discreto y sincero, todo, todo, sí, ha sabido usted ponerlo de relieve, en páginas que estoy seguro, más de uno leerá con la misma íntima emoción que yo!

Desde Río Grande hasta Dijón, siempre que vió la enseña republicana alzada, ocupó el sitio del peligro y del combate que los sucesos ofrecían á su temperamento ardiente y generoso.

El espíritu aventurero de Garibaldi, que lo arrastraba, caballero de la libertad, á la brega por todas las causas que á su corazón apasionaban, no ha de confundirse con el ímpetu de otros guerreros, que, como Cochrane, ponían

un precio á su pericia y sus proezas, para servir la causa que abrazaban, con lealtad, es cierto, pero sin la abnegación que excluía en el alma del jefe de *I mille*, todo premio que no consistiese en la gloria inmaculada, y en el amor del pueblo arrancado á sus cadenas, ó electrizado en los entusiasmos del sacrificio por la independencia y la libertad.

El Garibaldi que usted ha retratado, es el mío también: el que yo amo, el que venero. ¿Cómo, pues, no quedarle á usted agradecido por el estudio que me dedica?

Créame siempre su afmo. correligionario y amigo—

LUIS MELIÁN LAFINUR.

GARIBALDI

BOCETO HISTÓRICO

Si hay nombre que haya llenado el mundo con su fama, ningún otro ha pasado á la posteridad circuido por la refulgente auréola de la popularidad como el del inolvidable y benemérito general José Garibaldi, ilustre hijo de la ciudad de Niza, donde vió por primera vez la luz el 4 de Julio de 1807.

Garibaldi, como ningún otro quizás, fué el soldado de la Democracia; el apóstol infatigable de todas las causas nobles y generosas; el valiente entre los héroes; el militar experto, pundonoroso y de prestigio, para quien no existían barreras insalvables; porque á su valor legendario reunía una voluntad de hierro, una perseverancia inquebrantable, un espíritu no abroquelado, como ha dicho el poeta, por el estoicismo del marasmo.

En los tiempos modernos, el dogma de la Fraternidad Universal halló en él su más vivo ejemplo y su más entusiasta paladín.

Poseía la audacia de un Bayardo, sino el génio, la estrategia de Napoleón I, el alma república de Wáshington, el heroísmo de un Leónidas y la virtud de Quincio Cincinato. Por eso no vaciló en trasponer los mares, para venir á luchar en favor del movimiento republicano de Río Grande en 1836, y luego, en este país, en pro de los derechos del pueblo, cuando el tirano de Buenos

Aires amenazaba, á las puertas de Montevideo, encadenar la independencia de los países del Río de la Plata, volviendo incontinente á su suelo natal á defender la integridad de su patria,—Italia,—á la que jamás olvidaba en sus días de gloria y en las noches de su rudo infortunio (*).

Entonces al denodado campeón, justamente llamado el héroe de ambos mundos, se le ve embarcarse en Génova, al frente de 1000 patriotas voluntarios, desembarcar en Marsala, apoderarse de Palermo y en seguida de toda la Sicilia; como asimismo, poco después, penetrar solo en la ciudad de Nápoles, y sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre, hacerse dueño de ella á nombre de Víctor Manuel, del demócrata rey que regía los destinos de Italia.

Garibaldi, á quien, como al famoso capitán francés muerto después de la batalla de Romagnano, pudo apellidársele *el caballero sin miedo y sin tacha*,—había nacido para luchar, sin duda porque la actividad es ley de la existencia; su corazón palpitaba al calor de los altos ideales de la humanidad,—de ahí por qué su espada y su vida estuviesen siempre al servicio de los pueblos maniatados al yugo de la esclavitud material ó espiritual; el eco estrepitoso de sus triunfos no mareaba su cabeza con el perfumado y maléfico incienso de la vanidad.—por eso, en medio la grandeza de sus hazañas, observaba un modo de ser humilde, sin boatos ni ruidos hijos de la pompa; por eso, en suma, dió al mundo el edificante ejemplo, no sólo de vivir en un apartado rincón de su Patria, en que murió para nacer á la vida de la inmortalidad, sino también de carecer en el seno de su transitoria morada, dentro los muros de la invicta Montevideo, durante la llamada Guerra Grande, hasta de lumbre para no entregarse al descanso de sus bélicas fatigas en la oscuridad que proyectan las sombras de la noche.

(*) En 1847 embarcóse para su país, en compañía de un grupo de sus bravos legionarios y de otro patriota italiano, Francisco Anzani, que empero la grave dolencia que le afectaba, quiso ir también á luchar por su tierra natal, donde murió sin lograr ver realizadas sus esperanzas.

Refiérese que el General Garibaldi, visitado por el comerciante don Francisco Agell, le recibió á oscuras, pues no tenía con qué alumbrar su aposento (*).

Es que todos sus recursos pecuniarios los distribuía generosamente entre sus soldados, porque le apenaba verles pasar necesidades, empero su abnegación y heroísmo, y prefería ser el último en las horas de relativa calma, así como era siempre el primero en los amargos trances de la lucha.

No era ambicioso, no quería riquezas ni honores. — Tendría tal vez ambición de gloria, lo cual no fuera censurable; porque las ambiciones legítimas jamás empuñan á las almas grandes y á los corazones magnánimos como el suyo.

En la República Oriental, — podemos decirlo sin pasión, — pues no hablamos como partidarios en política sino como demócratas y como liberales sinceros y justos, — si prestó su concurso al gobierno de la Defensa, lo hizo por su amor á la libertad, porque creía defender una causa noble y justa, y no por otra cosa.

El general Rivera acordó un donativo á la Legión Italiana, y Garibaldi lo rehusó, en nota fecha 23 de Marzo de 1845, concebida en estos patrióticos y elevados términos:

Excmo. señor.

El señor coronel Pozolo me entregó, á presencia de todos los oficiales de la Legión Italiana, según el especial encargo que dijo tener de V. E. de así hacerlo, la carta que se sirvió dirigirme en 30 de Enero próximo pasado, incluso un documento por el cual V. E. hace espontáneamente donación á la dicha Legión de la mitad de los campos de su propiedad comprendidos entre el Arroyo de las Averías y el Arroyo Grande al Norte del Río Negro, con más la mitad del ganado y edificios allí

(*) Pacheco y Obes, Ministro de la Guerra, mandóle entonces 150 patacones, y sólo aceptó 50, única suma que recibió del Estado durante el tiempo en que le prestó sus importantes servicios.

existentes, en demostración de gratitud por los servicios que ha hecho á la República.

Los oficiales italianos, impuestos del contenido de la comunicación de V. E., á nombre de toda la Legión, han declarado:—Que persuadidos de que es deber de todo hombre libre combatir por la libertad doquiera que asome la tiranía, sin distinción de tierra ni de Pueblo, porque la Libertad es el patrimonio de la humanidad, no han seguido sino la voz de su conciencia, al ir á pedir un arma á los hijos de esta tierra, para dividir con ellos los peligros que los amenazaban.

Que satisfechos con haber cumplido con sus deberes de hombres libres, continuarán á dividir como hasta aquí,—«pan y peligros»—con sus valientes camaradas de la guarnición de la capital, hasta que las exigencias del sitio lo requieran, sin aspirar ni admitir distinciones ni premios de ninguna clase.

Lo que me hago un honroso deber de participar á V. E. noticiándole que me adhiero enteramente á los sentimientos de la Legión, y al efecto devuelvo á V. E. el mismo documento original de la donación.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JOSÉ GARIBALDI.

Y este noble desprendimiento, este rasgo sublime de abnegación republicana no fué un hecho aislado en nuestro país, pues un año más tarde rehusó también otra honrosa y merecida distinción.

Con data 16 de Febrero de 1846, el Gobierno de esa época, en celebridad del 3.^{er} aniversario del sitio de Montevideo, acordó varias promociones militares, designando con el empleo de Coronel Mayor al entonces coronel Garibaldi, como también á varios oficiales de su gloriosa Legión.

El ínclito soldado de la democracia declinó de esa promoción por medio de la siguiente nota:

Salto, Marzo 4 de 1846.

Excmo señor:

Como Jefe de la Marina Nacional, honroso puesto en que el Superior Gobierno de la República ha tenido á bien colocarme, no he hecho nada que merezca la promoción á coronel mayor. Como jefe de la Legión Italiana, lo que puedo haber merecido de recompensas, lo dedico á los mutilados, y á la familia de los muertos en la misma. No sólo los beneficios, los honores también me pesarían sobre el alma, comprados con tanta sangre de italianos.

Yo no tenía aspiraciones cuando fomentaba el entusiasmo de mis compatriotas á favor de un pueblo, que la fatalidad ponía á merced de un tirano; y me desmentiría hoy si aceptase las distinciones que la generosidad del Gobierno quiere otorgarme. La Legión me ha encontrado coronel del ejército, como tal me aceptó á su frente; y como tal yo dejaré la Legión cuando hayamos cumplido con los votos que hicimos al pueblo oriental.

Lo que quepa á la Legión de fatigas, de glorias y de reveses, tengo esperanza de dividirlo hasta el último.

Doy repetidas gracias al Superior Gobierno, y no acepto mi promoción del Decreto de 16 de Febrero. La Legión entera acepta con gratitud la sublime distinción que el Superior Gobierno decretó el 1.º de Marzo. Una sola cosa pido yo, mis Oficiales y la Legión, y es la siguiente: — Que del modo que ha sido espontáneo é independiente el arreglo económico, formación y promociones del cuerpo desde el principio, se continúe de la misma forma; y de consiguiente pedimos á V. E. tenga á bien anular las promociones especificadas en el Decreto de 16 de Febrero, relativo á los individuos que pertenecen á la Legión.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JOSÉ GARIBALDI.

La distinción á que alude Garibaldi honra sobremanera, no sólo á él y á sus dignos compañeros, sino también al Gobierno que supo hacer cumplida justicia á la valiente Legión Italiana y á su benemérito jefe.

Los documentos que á ella se refieren dicen así:

DECRETO

Montevideo, Febrero 25 de 1846.

Deseando el Gobierno demostrar la gratitud de la patria á los valientes que han combatido con tanto heroísmo en los campos de San Antonio, el 8 del presente; oído el Consejo de Estado, acuerda y decreta:

1.º El señor General Garibaldi, y todos los que le acompañaron en esa gloriosa jornada, han merecido bien de la República.

2.º En la bandera de la Legión Italiana se inscribirán con letras de oro, sobre la parte superior del Vesubio, estas palabras: — *Hazaña del 8 de Febrero de 1846 realizada por la Legión Italiana á las órdenes de Garibaldi.*

3.º Los nombres de los que combatieron ese día, después de la separación de la caballería, serán inscritos en un cuadro que se colocará en la casa de Gobierno frente á las armas nacionales, encabezando la lista los que allí murieron.

4.º Las familias de éstos que tengan opción á pensión, la disfrutarán doble.

5.º Se acuerda á los que se hallaron en el combate después que la caballería fué separada, un escudo que usarán en el brazo izquierdo, con esta inscripción en una orla de laurel: « *Invencible*: combatieron el 8 de Febrero de 1846. »

6.º Mientras otro cuerpo del ejército no se ilustre con un hecho de armas semejante, la Legión Italiana tendrá en la formación la derecha de nuestra infantería.

7.º Este decreto se pasará en copia autorizada á la

Legión Italiana, y se repartirá en la Orden General siempre en el aniversario de este combate.

8.º El Ministro de la Guerra queda encargado de la ejecución y parte reglamentaria de este decreto, que se someterá á la Asamblea de Notables; se publicará é insertará en el R. N.

SUÁREZ.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

FRANCISCO J. MUÑOZ.

JOSÉ DE BÉJAR.

ORDEN GENERAL

Línea, Marzo 1.º de 1846.

Para dar á nuestros valientes compañeros de armas que se han immortalizado en los campos de San Antonio, un testimonio relevante del aprecio que merecen al ejército, cuya gloria ha realzado en ese combate memorable, el Jefe de Armas dispone:

1.º El 15 del presente, día señalado por la superioridad para hacer á la Legión Italiana la entrega de la copia del decreto que precede, habrá una gran parada de la guarnición, que formará, con excepción de la Legión Italiana, en la calle del Mercado, apoyada la derecha en la plazoleta de ésta, y en el orden que indique el E. M.

2.º La Legión Italiana formará en la plaza de la Constitución, dando la espalda á la Iglesia Matriz y allí recibirá la copia indicada, que le será entregada por una diputación presidida por el señor Coronel don Francisco Tajés, y compuesta de un Jefe, un Oficial, un Sargento y un soldado de cada cuerpo.

3.º Incorporada la diputación á los cuerpos de línea, marchará á la plaza indicada, desfilando en columna de honor por el frente de la Legión Italiana, y al hacerlo,

los Jefes de los cuerpos darán vivas á la patria, al General Garibaldi y á sus valientes compañeros.

4.º La línea estará formada á las 10 de la mañana.

5.º Se pasarán copias autorizadas de esta orden general á la Legión Italiana y al señor General Garibaldi.

PACHECO Y OBES.

Y en 1850, ya sin su fiel compañera Anita, á la cual la muerte arrebatara, vésele en Nueva York, moderno Cincinato, no labrando la tierra como el célebre dictador romano, pero sí fabricando velas de sebo para no morir de hambre, — y años más tarde, proclamadas por él las dos Sicilias parte integrante del reino de Italia, se embarca, según uno de sus biógrafos, para Caprera, con unos pocos francos y una bolsa de porotos, después de haber conquistado para la Patria el más hermoso florón de la corona real.

¡Esto es grande, esto es abnegado, esto no tiene precedentes! Sólo un José Garibaldi pudo legarlo á la Historia, — mensajera de la vida, maestra de los tiempos, como la define el célebre orador romano, — para que ilumine á las generaciones venideras, principalmente á los apóstoles de la libertad, á los entusiastas y sinceros paladines de los derechos desconocidos y hollados, — con el faro imperecedero del recuerdo, Egeria, Pitonisa y Sibila del hombre pensador.

Y estos rasgos de sublime abnegación no sólo los reveló en América, sino también en Europa.

América fué la cuna de sus triunfos, en ella conquistó los primeros inmarcesibles laureles de su gloria, y en el viejo mundo, inclusive su Patria, cimentó su fama de héroe y de demócrata.

En Río Grande luchó por la consolidación de la República, y en el Estado Oriental por el reinado de la libertad y la autonomía nacional.

El barco *Maxxini* fué el bautismo de sus triunfos,

pues con él acometió é hizo presa á la goleta brasilera *Scoropilla*; poco después confióscele el mando naval del Lago de los Patos, donde reveló una vez más su valor y su pericia, porque combatió con tesón y con éxito á sus adversarios, quienes huyeron de su presencia, — y tuvo la satisfacción de cooperar á la toma de Santa Catalina.

En nuestro país hizo proezas dignas de los héroes espartanos: luchó contra el hábil almirante Brown, por espacio de tres días, y á pesar de habérsele agotado las municiones y de tener por adversario al rey marítimo del Plata, secuaz de Rosas y Oribe, no se amilanó su férreo espíritu. Para continuar el desigual y temerario combate naval recurrió á los hierros que tenía á bordo, y con ellos cargaba sus cañones.

Habiendo varado el bergantín *San Martín* al mando del referido almirante, en Punta de Yeguas, Garibaldi lo aborda con cuatro lanchones, lo echa á pique y le arrebató el velámen, dos carronadas, etc., etc.

Ese hecho constituyó el primer trofeo de la marina nacional, como se ha dicho, — y obtuvo dicho triunfo con inminente peligro de su vida y la de sus bravos marinos, pues la goleta *9 de Julio* y 4 embarcaciones menores del almirante Brown le hostilizaban con sus incesantes y temibles disparos.

En el Buceo se apoderó también del bergantín argentino *Josefina*, y momentos después, despreciando los fuegos de la *9 de Julio* y *25 de Mayo*, apresó á la goleta *Juanita*, que iba con procedencia de Paysandú, para el mismo destino, con carga, y los condujo al puerto de Montevideo, á vista y paciencia de propios y extraños.

A Gualeguaychú tomóle por sorpresa, haciendo prisioneras á las autoridades civiles y militares que allí existían, apoderándose de los armamentos y municiones de que disponían; pero procediendo con la hidalguía que caracterizaba todos sus actos, al retirarse puso en libertad á dichas autoridades, de acuerdo con la promesa que hizo á los respetables vecinos que intercedieron por ellas.

Sin embargo, el hecho que más ha inmortalizado su memoria, ocupando páginas de oro en los anales de la

historia Nacional, consiste en la célebre acción de *San Antonio*, en el Departamento del Salto.

Allí se le ve sereno y fiero, al frente de un puñado de héroes, guardado apenas por un endeble galpón de pajizo techo, perteneciente al saladero de don Venancio Medina, resistir con denuedo al empuje de 1500 soldados enemigos,—1200 de caballería y 300 de infantería,—al mando del General Servando Gómez (*), y confundido con sus compañeros de armas, empuñar un fusil y hacer fuego al enemigo, como poco antes, muerto el caballo que montara, proclamarles, espada en mano y con ánimo imperturbable.

Por eso ha dicho de él en su parte el coronel Bernardino Báez: «El coronel Garibaldi hacía prodigios de valor: mil veces le combatían por todos lados la infantería enemiga y toda su caballería; pero mil veces fueron rechazados, dejando en pilones sus cadáveres, sin perder de vista el recoger el armamento y las municiones de los enemigos que caían en gran número. Así continuó el coronel Garibaldi (**) en la misma posición, hasta una hora después de amanecer, en la cual emprendió su atrevida y honrosa retirada, llevando consigo todos sus heridos, muchas armas y municiones de los enemigos, y la caja de guerra que ellos tenían.»

Y este ilustre y pundonoroso campeón de la libertad, antes de decidirse á pelear por ella en el país, ejercía en su seno la enseñanza de las matemáticas en Montevideo.

Por eso el doctor Pablo De-María, hombre de principios, ciudadano austero é inteligencia preclara, al agradecer nos la dedicatoria que le hicimos de unas estrofas á la memoria de aquél, decíanos en carta datada el 26 de Setiembre de 1889:

«La personalidad de Garibaldi ha ejercido siempre en mi espíritu una especie de fascinación;—tengo verdadero culto por la memoria inmaculada de aquel noble paladín

(*) Las fuerzas de que formaba parte Garibaldi no pasaban de 300 plazas; pero huyó la caballería á las primeras cargas.

(**) El combate había empezado á la una y media de la tarde.

de todas las causas justas, y así es que ningún obsequio mejor ha podido hacerme que el de dedicarme una composición como la publicada por usted. »

Y Luis Melián Lafinur, nuestro distinguido correligionario, escritor de fibra, ciudadano de carácter, liberal de convicciones arraigadas, no en vano ha dicho que la noble personalidad del héroe italiano es, en su concepto, la figura más culminante del siglo XIX.

Garibaldi luchaba en bien de la Humanidad, por la regeneración de los pueblos, sin distinción de origen ni de bandera, no tuvo igual entre sus contemporáneos.

Es que la Patria, como con propiedad ha dicho Esteban Echeverría, — no es solamente el suelo donde nacimos y donde tienen arraigo todos nuestros recuerdos y esperanzas, el cielo que nos cobija, el aire que respiramos, la tierra que nos alimenta y alimenta á nuestros padres y en cuyo seno descansan nuestros antepasados, sino la sociedad misma, viviendo de una vida común, trabajando con un fin, y marchando á realizar en el tiempo la misión que la providencia le ha señalado.

Y Garibaldi amaba la fraternidad universal, tenía por Patria de su corazón á Italia, pero por Patria de su pensamiento al mundo entero.

El vencedor de San Antonio, el miembro de la *Jóven Italia*, el amigo de Mazzini, el correligionario de Cavour, el protector de Río Grande, el fugitivo de Suiza, el que el 9 de Febrero de 1848 proclamara la república romana y la muerte del papado, el que rendida la ciudad á los franceses y borbones, permanece impertérrito en su puesto de honor, diciendo á sus soldados: « Yo os ofrezco hambre, sed, guerra y muerte, — quien ame á su patria que me siga », exhortándoles á no entregarse; el jefe de los cazadores de los Alpes, el adalid de Calatafimi, el herido y prisionero de Aspromonte, el Presidente del Congreso de la paz en Ginebra, — y el actor de tantos otros hechos que iluminan su memoria con resplandores inmortales, —

sediento su espíritu de luchar por la causa de la libertad, doquiera se hallase ésta oprimida, — olvidando Mentana, se pone á las órdenes del gobierno francés, en Octubre de 1870, confiándole Gambetta el mando de un cuerpo de 8,000 soldados bisoños, y en Enero de 1871 ocupa á Dijón, arrebatando al adversario la única bandera, el solo bélico trofeo conquistado á los prusianos en tan memorable guerra.

Por eso, Víctor Hugo, el autor de « Los Miserables » y de « Orientales », el primer poeta de su siglo, dijo en una sesión de la cámara francesa: « Ningún rey, ningún estado salió en defensa de Francia; sólo un hombre, Garibaldi, y Garibaldi fué el único general que no fué vencido. »

Por eso de la pluma de un eminente pensador cubano han brotado con verdad estas hermosas palabras:

« Byron, conociéndole, hubiera reservado para él el mármol y el cincel y el calor celeste con que produjo su *Corsario*; Cervantes no hubiera escrito acaso su *Quijote*, por respeto á ese caballero andante de la libertad; Homero lo hubiera alzado sobre sus carros de marfil y lo hubiera hecho combatir con sus dioses. »

Por eso, el distinguido escritor Michelet estampó esta justiciera frase en una de sus imperecederas producciones, aludiendo á Garibaldi: « Un héroe hay en Europa, uno solo; yo no conozco dos. »

Por eso la patria de Nelson, no obstante su sistema de gobierno y su modo de ser, exultóse y recibióle en medio del más frenético entusiasmo, á él que combatiera toda su vida por la causa sacrosanta de la República.

Por eso el príncipe de los oradores españoles, Emilio Castelar, aludiendo á los hechos gloriosos en que ha actuado tan ilustre personalidad, dice con soberana elocuencia: « Las entrañas de Italia nunca son estériles. Tuvo un gran apóstol, un gran pensador, Mazzini; tuvo un gran político, un gran organizador, Cavour.—Pero el apóstol no bastaba; apóstol fué el Dante, apóstol Petrarca, apóstol Savonarola, apóstol Campanella, y nada hicieron por Italia.—Pero el político no bastaba; políticos ha en-

gendrado de sobra Italia desde Maquiavelo hasta Alberoni, desde Alberoni hasta Gioberti. Era necesario la conjunción de tres astros. Y esta conjunción ha sido asombrosa.

«Mazzini fué la idea, el génio, la inspiración; Cavour la diplomacia, la política práctica, y Garibaldi la acción, el génio que transforma la realidad y la eleva para imprimir en ella la idea; el hombre que enciende la tierra fría en el fuego del espíritu, el redentor de Italia; el que no ha cometido, como Cavour, ninguna baja para salvarla; el que ha llevado el pensamiento de Mazzini desde las riberas del Mediterráneo á la cima de los Alpes, desde la cima de los Alpes al estrecho de Mesina, desde el estrecho de Mesina á Nápoles.»

En efecto: este gran ciudadano universal, honra y prez de las ideas que abrigaba, jamás concibió ni hizo carne idea alguna que pudiera traducirse en un baldón, y mientras Cavour usaba de ficticia moderación en las esferas de la diplomacia, tranquilizando todos los espíritus con su astucia política, él, confundido en las filas del pueblo y de sus amigos de causa, con su indómita energía é imponente fama, sembraba el terror en el seno de sus adversarios, que le respetaban porque le conocían, porque hasta ellos había llegado el eco de su justa popularidad.

Llámanle los austriacos el diablo rojo, y huyen aterrados en la toma de Varese, lo mismo que el ejército borbónico, después de su entrada á Reggio de Calabria.

Su nombradía adquirió proporciones colosales y fantásticas.

Pero así como era valiente y adusto en el combate, lo era de benigno y humano con los vencidos.

Jamás pudo aplicársele el epíteto de vengativo ni de sanguinario, y en todas partes se le aclamaba como el paladín de la libertad (*).

(*) Por gestiones suyas salvó la vida, en 1844, don Miguel Molina y Haedo; derrotado el coronel Lavalleya en Itapeby, se apodera Garibaldi de la familia de éste, la trata con todo género de consideraciones, y se la remite bien garantida, en unión de numerosos prisioneros, con una atentísima carta. — Hechos de esta naturaleza le eran habituales.

Por eso el pueblo soberano bendice su memoria, — y su ilustre nombre, lejos de dormir el sueño del olvido, vive inmortal en las páginas de oro de la Historia,—que la indiferencia sólo se deja para los pequeños y el oprobio para los malvados.

Por eso, en fin, Jessie W. Mario en Inglaterra, y Alejandro Dumas en Francia, han escrito obras monumentales á su memoria, como Mazzini y D'Amicis en Italia, Pacheco y Obes en el Río de la Plata, Juan de Dios Peza en Méjico, y cual estas eminencias, innumerables otras, tanto del viejo como del nuevo continente, han tributado homenaje á su ilustre personalidad, y con ellos el pueblo, que vió en él al denodado defensor de sus libertades y derechos.

Y Garibaldi no era únicamente el portaestandarte de la libertad política, no luchaba tan sólo por la emancipación de las cadenas de la tiranía material: era á la vez apóstol del liberalismo, era partidario exaltado de la libertad de conciencia,—como el mismo Cavour, quería *la Iglesia libre en el Estado libre*.

Fué el precursor y uno de los más férreos brazos que contribuyó á quebrantar el poder del Pontífice del Vaticano, con su influencia y con su espada.

É hizo bien, obró con cordura digna del más entusiasta y perdurable aplauso; porque el poder temporal del papado era una ignominia para un pueblo viril y civilizado como lo es el pueblo italiano; constituía un Estado dentro de otro, tenía á la Italia fraccionada y sujeta á la voluntad de una secta religiosa, cuyos apóstoles se llaman inspirados por un sér sobrenatural, omnisciente, principio y fin de todas las cosas, empero su contingencia y sus hechos nada edificantes, empero las maldades con que han manchado durante varios siglos las páginas de la Historia Universal.

Diablos predicadores, convertidos en santos; leones cubiertos con la piel de inofensivas gacelas, que á fuerza de artimañas y al amparo del oscurantismo, reinan en las conciencias débiles, de seres timoratos, desde el Vaticano, al abrigo de un risible poder, humillaban á la tierra de

tantos héroes y exímias personalidades, hasta que un día el patriotismo se sintió iluminado por un rayo de luz y estalló para luego traducirse en la redención de Italia.

Es que la tiranía de la conciencia es más funesta á la humanidad que las cadenas que forja el despotismo para oprimir las libertades públicas.

Aquella tuerce el sentimiento y malogra las ideas; éstas coartan, pero no matan la libérrima acción de la voluntad; ponen trabas, pero no ahogan en el cerebro las palpitaciones del pensamiento.

La una engendra el fanatismo y la superstición, crece á la sombra de la ignorancia, produce el caos: las otras dañan, pero no agostan la savia del libre raciocinio; sirven, por el contrario, la mayor parte de las veces, de gérmenes á las revoluciones que derriban el endeble pedestal en que descansa el torpe absolutismo,—y sobre las ruinas de su trono efímero, levantan el suyo, incommovible,—el derecho vilipendiado, la libertad oprimida.

Es que los pueblos velan, pero no duermen; sufren, pero no quebrantan su altivez.

La libertad es una segunda naturaleza; sin ella no se vive una vida completa, no se goza ni siquiera la que disfrutan los irracionales.

Ella es innata; se la puede limitar, pero no hacer que desaparezca por entero: sólo la muerte tiene la virtud de extinguirla con el último hálito de vida del sér humano.

De ahí que se hayan sentido profundas conmociones internas en el seno de las colectividades humanas, en todas las épocas y en todas las partes del mundo donde la opresión ha tratado de maniatar la voluntad del hombre, y de ahí que patricios de la talla del General Garibaldi se hayan puesto á su servicio con loable y abnegado desinterés, sin otro móvil que el de pugnar por la santa causa del bien común y de la felicidad de los pueblos.

Por eso las fechas memorables para la humanidad son siempre recordadas con entusiasmo por los pueblos, sin distinción de razas ni de nacionalidades.

Por eso el XX de Setiembre de 1870 es festejado en todos los puntos del universo, por los elementos cosmo-

politas liberales, que ven en ese acontecimiento, no un triunfo exclusivo de un pueblo, sino una victoria y una página de honra común á todos los hombres de pensamiento levantado, á todos los pueblos que no abdican de su entidad moral ni de sus libertades y derechos, ya en materia política, ya en materia religiosa.

De ahí también que al recordarla, el nombre del General Garibaldi se evoque con mayor entusiasmo que el de los demás autores y colaboradores del trascendental acontecimiento que aquella fecha simboliza para Italia y el mundo civilizado,—y por eso á los que profesamos principios liberales nos bastaría, para recordarle siempre, su activa propaganda, con la palabra y el ejemplo, en contra de la nefanda Teocracia, verdadera rémora en los tiempos modernos, encarnación genuina del oscurantismo en todas las edades,—y que allí donde gemía la libertad oprimida, corría presuroso á prestar el importante contingente de su brazo; porque para él la libertad no tenía patria,—y ésta era noble como su corazón y grande como su pensamiento.

Con la unidad de Italia y la caída del poder temporal del Papado, Garibaldi vió realizado su sueño de largos años, y ya no podía exclamar, cual otrora: «La Roma que yo veía en mi juvenil entendimiento era la Roma del porvenir», aunque le acompañara hasta el sepulcro una honda pena que laceraba de amargura el alma: la cesión de Saboya y de Niza á la Francia, ante cuyo doloroso recuerdo exclamara un día: «No puedo ser amigo de quien me ha hecho extranjero en Italia», según lo refiere el conde Cavour.—Sin embargo, en su gran corazón no cabía el odio y supo resignarse á la crueldad de su destino.

De él puede decirse, por lo tanto, sin exagerar el símil, lo que un publicista colombiano ha dicho del General Bolívar: «Desapareció el teatro, y quedó el hombre; grande, extraño, desconocido, como esos antiguos

monumentos ciclópeos, cuyo verdadero destino nadie ha alcanzado á descifrar.

«Por eso, el hombre que había roto tantas cadenas, y vengado tantos ultrajes, y tantos y tan viejos oprobios; que había realizado tantos sueños y ejecutado tantos prodigios; después de vencer en las batallas y de recibir la adoración de las naciones bajo los arcos triunfales que un entusiasmo frenético levantara á sus grandes hechos, fué á hundirse en la tumba solo y silencioso.... como el meteoro brillantísimo, que después de haber eclipsado á los astros y pasmado todas las miradas, se pierde sin sonido en la inmensidad de los cielos....»

¿Quiere esto decir que Garibaldi no tuvo adversarios?—No, pues los tuvo, y hoy mismo los tiene después de muerto. ¿Pero quién no los ha tenido? ¿Qué hombre de valer y de combaté puede bajar al sepulcro sin haber levantado resistencias?

Partidario de la libertad política y religiosa, bregaba por ella donde quiera que la creía hollada, y aquellos contra cuyas ideas ha luchado no pueden ser sus amigos ni venerar su memoria.

Pero la pasión es la peor consejera, engendra odios y eclipsa el sol de la justicia. De ahí por qué muchas veces se ataque con saña á exímias personalidades, cuyas tendencias han sido, sin embargo, levantadas, y que si han cometido errores, se debe más que á la ingénita maldad de su carácter, á su calidad de seres contingentes.

Hay, por lo tanto, para juzgarle, que despojarse de añejas y bastardas preocupaciones; hay que anteponer la razón y la justicia á la animadversión del partidario obcecado; hay, en una palabra, si se pretende ser imparcial, que proceder con criterio sano y reposado, pues dando al César lo que sea del César, se presta un señalado servicio á la verdad histórica.

Garibaldi, empero, será siempre Garibaldi, sino el gigante de los siglos, como le llamó Víctor Hugo, el héroe de ambos mundos, como le aclama el Universo entero, único en su época y en la Humanidad, como lo

fueron Zoroastro, Mahoma, Budha y Jesús de Nazareth, que los hombres de su talla no se reproducen en la Historia.

¡ GARIBALDI !

Esta alma vigorosa, este cerebro agitado al calor de las grandes palpitaciones del espíritu, que tantas veces había desafiado la muerte con temerario arrojo, en los campos de batalla, en las barricadas, y en medio al turbulento embate de las olas del mar, firme, de pie sobre sus endebles naves de guerra, vió extinguir su vida en la tarde del 2 de Junio de 1882, á los 75 años de edad, en la célebre isla de Caprera, que inmortalizara con su nombre. Murió pobre, pero bendecido por las generaciones supervivientes de su siglo; su memoria será imperecedera, vivirá perdurable, y será siempre traída á la mente con respetuoso y entrañable afecto, por los que aspiran al reinado de la luz, al imperio de la ley y á la emancipación del espíritu sobre las preocupaciones absurdas de la clerecía romana, — que los hombres, más que hijos de su Patria, son hijos de sus obras, y Garibaldi era uno de ellos.

Por eso, como amigos de la libertad política y de conciencia nos hacemos un deber en recordarle una vez más, entregando su nombre á la veneración pública, para que sirva de noble ejemplo á los que sientan vacilar su fe y á la juventud liberal de nuestros días.

Seamos, pues, apóstoles de la libertad, prediquemos y defendámosla en todos los terrenos; honremos y bendigamos la memoria de los que, cual Garibaldi, se han sacrificado, luchando como el polaco, por su libertad y por la nuestra.

¡ Gloria eterna al héroe de ambos mundos, al formidable prócer del liberalismo moderno, al demócrata por excelencia, al ínclito General Garibaldi !

OBRAS DEL AUTOR

EN VENTA

LUCILA

Fantasía literaria, en prosa, un tomo. \$ 0.40

UNA HISTORIA COMO MUCHAS

Novela de costumbres, un tomo (agotada) > 0.40

LAURA Y CLOTILDE

Novela de costumbres, un tomo > 0.30

MISCELÁNEA

TOMO I: Escritos y discursos masónicos, composiciones poéticas y discursos varios > 0.80

TOMO II: Rasgos biográficos de Isidoro De-Maria, Juan Carlos Blanco, Dolores Larrosa de Ansaldo, Francisco Acuña de Figueroa, Juana Manuela Gorriti, Luis Melián Lafinur, Clara López de Brito, Heraclio C. Fajardo, Carlos Anaya, Adolfo Berro, Domingo Faustino Sarmiento, Octavio Ramírez, Miguel Pallejá, Teófilo D. Gil, José Pedro Ramírez, Alejandro Magariños Cervantes y Ángel Floro Costa. > 1.20

LA LITERATURA NACIONAL

Polémica con el doctor Sienra Carranza, un tomo . . . > 0.30

COLÓN Y AMÉRICA

Rectificaciones históricas, un tomo. > 0.30

NI RETRÓGRADOS NI TARTUFOS

Libro político, un tomo. > 0.30

Garibaldi